

INAUGURACIÓN CURSO ACADÉMICO 2012-13

Paraninfo, 29 septiembre 2012

Iniciamos el nuevo curso académico en un escenario de preocupación e incertidumbres; con un horizonte de conflictos y reformas. Aunque lo hacemos con cautelosa y musical esperanza [acabamos de escuchar La Speraanza de Rossini]. Con una esperanza inteligente, informada y compartida. Con una esperanza que no es pasiva ni expectante, sino activa. Y, también, con el orgullo de dedicarnos a la noble tarea de la formación superior, de la generación del conocimiento y de la transmisión de la cultura desde una institución pública al servicio exclusivo de la sociedad.

Los últimos seis meses han sido los más difíciles de los últimos tiempos en la universidad española y, por ende, en la Universidad de Sevilla. Tanto que, parafraseando al periodista sevillano Ignacio Camacho cuando habla de la situación general de España, diría que durante este tiempo no ha habido un solo día que no fuese mejor que el siguiente. Lo que no ha mermado nuestra fe en la educación superior y tampoco nuestra confianza en esta centenaria institución.

Ante la gravedad de algunas situaciones hemos respondido con rapidez y sensatez, tratando siempre de mantener la confianza de la sociedad en nuestra institución, aportando ideas y soluciones en vez de paralizarnos. Y, sobre todo, buscando la cohesión de la comunidad universitaria.

Nuestra apuesta ha sido siempre y continuará siendo de rotunda defensa de la Universidad Pública. Si cambiamos el modelo educativo basado en la igualdad de oportunidades y en el mérito, estaremos dinamitando uno de los pilares básicos de la sociedad, si no del bienestar, sí de la sociedad de la equidad.

Sin igualdad de oportunidades se desvanece la igualdad de expectativas, que es tanto como condenar a la desesperanza a una parte de la sociedad, precisamente la más débil, la más desprotegida. Tendríamos que preguntarnos, como ha hecho Bill Clinton recientemente, si queremos un país —en este caso una Universidad— donde el ganador se lo lleve todo, en el que cada uno vaya a lo suyo. Y nuestra respuesta, como la de Clinton en apoyo de Obama, es que queremos “una sociedad de prosperidad compartida y de responsabilidad compartida”. Una sociedad —una Universidad— en la que todos avancemos juntos.

Soy consciente de que se avecinan nuevos sacrificios, porque la brutalidad de la crisis no parece tocar fondo. Pero estamos preparados para afrontar las emergencias que se presenten. Seguiremos aportando a la sociedad, convencidos de que el futuro se conquista con ideas, no con dogmas, no con eslóganes huecos. Esa debe ser y es nuestra esperanza.

Dice Julio Cortázar en *Rayuela* que “la esperanza es la misma vida defendiéndose”. En esta línea esperanzadora se manifiesta Zygmunt Bauman, cuando señala que es imprescindible “romper con el pesimismo imperante”. Para este sociólogo y filósofo, la sociedad vive momentos de graves incertidumbres porque los ciudadanos no saben realmente quién está al mando de la gestión pública, ya que se ha producido una clara bifurcación entre poder y política. El poder se ha deslizado desde los parlamentos hacia el mercado. Son los agentes del mercado los que deciden qué es lo urgente y lo importante.

Desde esta perversa focalización del poder real, parece más importante salvar a las entidades financieras que activar políticas que ayuden a las pequeñas y medianas empresas, auténticas generadoras de riqueza y de empleo. De ello deriva, por desgracia, que una gran preocupación de la Junta de Andalucía sea saldar la deuda de 600 millones que vence el próximo día 4 de octubre. Dinero que solo mejoraría, probablemente, la cuenta de resultados de la banca alemana. Sin embargo, ¿qué sucede con los 750 millones de euros que la Junta nos adeuda a las Universidades Andaluzas?

No es un dinero que hayamos gastado de más, sino que estaba presupuestado y comprometido. Lo terrible es que casi la mitad de esta millonaria deuda afecta a pequeños proveedores, que están viviendo una angustiosa situación y que podemos arrastrarlos al hundimiento total. Si el Gobierno andaluz no resuelve o despeja de forma urgente nuestra delicadísima situación de tesorería las consecuencias serían irreparables.

¿Tiene sentido que tanto el Gobierno Central como el Autonómico nos obliguen a las Universidades, con severos reproches y advertencias, a cumplir milimétricamente nuestros compromisos, a no desviarnos un euro de lo presupuestado, y luego incumplan de forma sistemática sus obligaciones hacia nosotros?

Todo esto explicaría que los ciudadanos pierdan la confianza en los políticos y en las instituciones tradicionales. Hasta ahora la Universidad Pública, como dije en este mismo espacio con motivo de la entrega de los Premios Fama, permanece como una de las pocas islas de libertad, tolerancia y crítica reflexiva que quedan en España. La autonomía universitaria, que consagra nuestra Constitución, ha permitido desarrollar un modelo, cercano, abierto y democrático, basado en la igualdad de oportunidades y gestionado por universitarios.

Pero corren malos tiempos para la autonomía y no me refiero a la autonomía política. Se imponen estructuras piramidales de férrea disciplina, amparadas en el control del gasto y en la vigilancia de las autoridades monetarias. Sin embargo, el consejo que ha ofrecido recientemente la Presidenta de la Asociación Europea de Universidades, María Helena Nazaré, a los responsables políticos españoles va en sentido contrario: “Den más autonomía a sus universidades”. Y agregaba: “Con relación a Europa la autonomía de las universidades españolas es muy

baja”. También recordó algo que se olvida cuando se nos acusa de no estar en el club de las mejores universidades del mundo. Y cito textualmente: “La calidad de la investigación depende de cuánto se invierte; no hay milagros”.

Nuestro modelo universitario pelagra doblemente. No solo por las subidas de tasas y las reformas iniciadas con el famoso Real Decreto Ley 14/2012, de 20 de abril, llamado de “medidas urgentes de racionalización del gasto público en el ámbito educativo”; sino también porque existe la posibilidad —cierta y cercana— de que los rectores no seamos universitarios elegidos democráticamente por universitarios.

¿Se imaginan cómo sería un acto de esta naturaleza si en vez de presidirlo un rector que representa a toda la comunidad universitaria, lo hiciera un delegado gubernativo o el presidente de una empresa más o menos pública?

Observamos con inquietud como en Cataluña la Generalitat ha propuesto que los rectores y decanos sean designados directamente y que un Patronato controlado por el gobierno de la comunidad, ejerza funciones similares a las de un consejo de administración. En definitiva, que las Universidades funcionen como si fueran empresas públicas, puede que subcontractadas a un gestor privado, como ya sucede con algunos hospitales. Puede que esta sea la ruta de privatización que tanto hemos venido teniendo... Hurtándonos nuestro nombre. Hurtándonos nuestra historia.

Comprobamos, también, que desde hace varios años se utiliza con preocupante insistencia —al menos para mí— la palabra gobernanza aplicada al gobierno de las universidades. Este término hace referencia a la gestión de instituciones y corporaciones cuyos responsables son designados, como ocurre en las empresas; pero no es el más adecuado para referirse a instituciones, como la Universidad, donde los cargos todavía son electos, y representan a los ciudadanos.

¿Hablamos acaso de la gobernanza de los ayuntamientos o de las comunidades autónomas? La mayoría de las veces las palabras esconden intenciones. Por eso mi intención es seguir hablando del Gobierno de la Universidad, de una Universidad ni domeñada por el poder político ni sometida a los exclusivos intereses del mercado. Porque no conviene olvidar que nuestro pacto es con toda la sociedad en su conjunto, a cuyo servicio estamos.

Los políticos, como representantes del pueblo, tienen la legitimidad para abordar cuantos cambios legales entiendan necesarios. La misma legitimidad que tenemos nosotros, como ciudadanos y como representantes de la comunidad universitaria, de mostrar nuestra leal oposición a una reforma que sería claramente perniciosa para la Universidad Pública, tal como la hemos concebido en las últimas décadas.

Es cierto que en países de nuestro entorno geográfico y político existen otros modelos de gobierno universitario en los que los rectores o presidentes de las Universidades son designados. Y es cierto que estos modelos funcionan en países con amplia tradición democrática y respeto escrupuloso por lo público. Sin embargo, la situación de las empresas públicas españolas, la gestión de algunas cajas de ahorros, las luchas por el control político de las televisiones o la deprimente falta de independencia de algunos órganos judiciales, no nos animan a pensar que las Universidades constituyeran una excepción.

Y de nuevo otra pregunta: ¿son acaso las empresas públicas españolas un modelo acrisolado de eficacia? ¿Garantizaría esta fórmula empresarial un mayor control social de las Universidades?

Antes de abordar la reforma del gobierno universitario habría que realizar un gigantesco esfuerzo —imprescindible, por otra parte— para moralizar la vida pública española. De lo contrario, las Universidades se convertirían en una presa más de la insaciable voracidad de los partidos políticos por controlar las mayores parcelas de poder. Y sospecho que también se utilizarían, dado el prestigio social de la institución universitaria, como pistas de aterrizaje para políticos más o menos venerables. Ni más ni menos de lo que ha ocurrido en otros ámbitos del sector público.

No defendemos la opulencia [sería injusto, insolidario y pernicioso], ni los privilegios de un colectivo social, sino sencillamente que no se desmantele el modelo público que ha propiciado el colosal avance en nuestro país en materia universitaria desde finales del pasado siglo. Fruto, es justo reconocerlo, del enorme esfuerzo de todos los ciudadanos.

La Universidad no puede quedarse al margen del sacrificio general que está realizando la mayoría de la sociedad española. Pero también es verdad que España hace décadas, cuando no era un país rico, apostó por una buena Universidad pública. Si entonces podíamos mantenerla, por qué ahora se nos dice que sobran universitarios y universidades. Sería patético que 30 años después el resultado fuese una Universidad peor.

Los universitarios españoles sabemos que podemos y debemos hacer mejor las cosas —siempre ha sido así—. Tenemos que realizar un esfuerzo mayor de transparencia y de rendición de cuentas.

Asimismo, y en línea con lo que ha planteado en su brillantísima lección inaugural Pilar León-Castro Alonso, tendríamos que reflexionar todos —universitarios, políticos, agentes sociales, instituciones y corporaciones profesionales— para redefinir, que no reformar, el papel de la Universidad en un mundo que cambia y se transforma con una aceleración hasta ahora desconocida en la historia de la Humanidad.

Juntos deberíamos alcanzar un pacto de Estado sobre Educación. Un consenso generalizado, desde el esfuerzo y la generosidad común [como ha ocurrido en otros momentos de la historia reciente de España] propicien un largo periodo de estabilidad normativa. Afirma Benigno Pendás que “el éxito se consigue mediante políticas sensatas plasmadas en normas eficientes”.

Sin embargo, y desgraciadamente, el último decenio no invita a la confianza en la capacidad de los agentes políticos para alcanzar la necesaria estabilidad jurídica. Es recomendable una reflexión social sobre el número de reformas y modificaciones de las normativas universitarias en nuestro país, concentradas sobre todo en el último decenio. Es probable que no haya parangón a escala internacional en los niveles de incertidumbre en los que el sistema Universitario Español ha tenido que moverse

No es razonable —por citar solo el ejemplo de los estudios de Doctorado— la situación que hemos vivido en los últimos cursos con tres normativas en seis años, más dos normativas supervivientes. Lo que se traduce en una situación actual confusa y desconcertante en la que coexisten cinco reglamentaciones de doctorado diferentes.

Tras esta larga, pero necesaria reflexión inicial, mi deber es felicitar por partida doble a Pilar León-Castro. En primer lugar por su profunda, deliciosa y oportuna lección inaugural. Nada mejor para este principio de curso, sombreado de tinieblas pero también iluminado de esperanzas, que reflexionar sobre nuestros ideales y actitudes. Recordar en esta lección primera nuestro compromiso con la búsqueda de la verdad y la transmisión del conocimiento es una hermosa forma de retomar la aventura del saber.

Hoy, querida Pilar, nuestros ideales son los mismos que impulsaron a Maese Rodrigo hace más de cinco siglos a dotar a Sevilla de una Universidad moderna y europea. Nuestros principios motores siguen siendo la pasión por la ciencia, el amor por la sabiduría y el espíritu de servicio público. Quinientos años después recobra valor la actitud de nuestro fundador. Porque Maese Rodrigo —lo acabamos de oír— quiso una Universidad para pobres, no para elites; y, además, luchó por una Universidad independiente.

En segundo lugar, admirada Pilar, mi pública felicitación por tu reciente reconocimiento nacional. Para toda la comunidad universitaria es motivo de orgullo que una de nuestras mejores docentes e investigadoras sea la quinta mujer española que ocupa una silla en la Real Academia de la Historia. Muchas gracias por aceptar el ofrecimiento de inaugurar este curso proyectando hacia el futuro de la Universidad lo mejor de nuestro pasado.

Comparto la mayoría de los planteamientos de Pilar León-Castro y me ha encantado la pulcritud literaria, la precisión académica y el entusiasmo universitario de su brillantísima intervención. Pero, permitidme que discrepe

levemente cuando se habla de pérdida de valores. Quizás, sería más preciso — como señala Victoria Camps— hablar de la carencia de virtudes.

Pienso que los valores clásicos de la Universidad —recordados por Pilar— como la amplitud de miras, la ejemplaridad, el anticonformismo y, sobre todo, el vínculo con la esperanza y el futuro personificado de la juventud siguen cotizando al alza.

María Franco, creadora y directora de la Fundación Lo que de Verdad Importa, afirma de forma tajante que los jóvenes de hoy “son solidarios, comprometidos y tolerantes”. Quizás, lo que se haya perdido, evaporado o adulterado sean las referencia modélicas, los ejemplos dignos de ser emulados. La Universidad, por lo tanto, debe seguir siendo luz y referencia ejemplar para la sociedad.

Para ello es necesario que la educación siga siendo el primer valor de interés general para la sociedad, que la Universidad sea el faro que alumbre tanto la recuperación moral, como el futuro crecimiento. Aunque el resplandor moleste a quienes viven o alientan la penumbra, a quienes ven en el sistema público universitario, por su autonomía y función crítica, más un problema que una esperanza.

Hago mía la visión de Pilar León-Castro sobre las Humanidades. Y ya que ha citado al Rector Luque durante su intervención, quiero recordar lo que mi predecesor solía repetir de forma insistente: “Las Humanidades no son solo el estudio de lo humano, sino lo que nos hace a hombres y mujeres auténticamente humanos”. Y añadía: “Las ciencias y la economía nos ayudan a transformar el entramado social y económico, pero las humanidades nos transforman la manera de pensar y eso es lo que de verdad cambia una sociedad”.

Lo que pone en peligro a las Humanidades no es el desarrollo tecnológico, sino una visión mercantilista y economicista de la Educación. El amor por los libros, por el arte, por la filosofía, por la historia —como nos recordaba en este Paraninfo Umberto Eco— seguirá siempre vivo.

Sí me preocupan los planteamientos que, enarbolando las tesis del *New Public Management*, proponen el traspaso de prácticas gestoras del sector público al privado. Con frecuencia oímos, por ejemplo, que la Universidad o el Sistema de Salud Público deberían adoptar criterios de gestión atribuidos al sector privado en aras de una mayor eficiencia.

Para justificar este traspaso de prácticas e implantar un sistema de Gobernanza [que ya no de Gobierno], se ha dicho que la Universidad es lenta en sus decisiones y que los equilibrios internos entre grupos de interés perjudican el logro de nuestros planes estratégicos. Todo ello adobado con la interminable cantinela de la endogamia, de la ineficiencia y del “excesivo peso” en la administración universitaria de los estudiantes. Tal vez, olvidándose de que en el

caso de los estudiantes son dobles protagonistas de nuestra actividad universitaria. En primer lugar, como núcleo de nuestra función esencial que es la docencia; y en segundo término, como parte de la sociedad que financia la Universidad pública con sus impuestos.

En cuanto a la eficiencia universitaria, una simple comparativa de la gestión de las universidades públicas españolas durante los últimos años, con la gestión de empresas privadas, bancos incluidos, nos demuestra con claridad que el sistema universitario español en su conjunto puede exhibirse como modelo de buenas prácticas.

Me preocupa y me indigna que para justificar los recortes en servicios esenciales como la educación superior se recurra a descalificaciones globales sobre el sistema universitario público. Desde algunos sectores políticos, mediáticos y hasta universitarios se nos ha dibujando un escenario desolador en el que se asegura con inaudita osadía que sobran universidades, y que encima el sistema público universitario es ineficiente y resulta caro al contribuyente.

Un estudio realizado en un conjunto de las universidades públicas españolas sobre el impacto socioeconómico de la Educación Superior no deja lugar a dudas. Su principal conclusión es que “las universidades son probablemente las instituciones de mayor impacto y que más valor añadido aportan a su territorio, ya sea por la vía de la formación y el capital humano, la investigación científica, el desarrollo social y cultural, o por la innovación”.

También la Fundación BBVA se ha dedicado a estudiar el impacto de la formación universitaria. Su último informe despeja cualquier duda sobre la utilidad social de la educación superior. Sobre todo cuando afirma que el nivel educativo de una persona tiene un efecto positivo y sistemáticamente creciente en la probabilidad de ser activo, estar ocupado y tener un empleo estable.

Sí es cierto que podemos y debemos incrementar la transferencia de conocimientos al tejido productivo. Pero cuando se dice que la Universidad tiene que acercarse más al mundo de la empresa, también debería defenderse el acercamiento inverso. Las grandes empresas colaboran abiertamente con la Universidad. Sólo basta mirar el catálogo de corporaciones empresariales que se han agregado al Campus de Excelencia Internacional Andalucía Tech.

Deberíamos analizar sobre si, tal vez la solución a nuestros males económicos no sea el adelgazamiento del Estado y la anorexia del sector público, sino el reforzamiento de los pilares de nuestro modelo social de convivencia y una decidida política de estímulo al sector privado, a la sociedad civil en definitiva.

Recordaba hace un par de semanas Juan Carlos Girauta en la ‘Tercera’ de *ABC* que las mayores cotas de bienestar se han alcanzado en Europa en países con un sector público fuerte. Lo que no ha impedido, sino todo lo contrario, que se

desarrollase una potente sociedad civil, alineada con los intereses nacionales, como ocurre en Francia.

Un planteamiento semejante defendía este verano la editorialista del *Wall Street Journal*, Mary O'Grady, apuntando que la solución a los problemas de España se logrará incentivando el sector empresarial, para que los accionistas encuentren atractivo arriesgar su dinero, y no por la vía de los recortes y de la extrema austeridad. O'Grady sugiere que se rebaje la carga impositiva de las empresas en vez de reducir el número de empleos del sector público, cuyo volumen —a su juicio— “no está mal”.

Mientras pensaba en el contenido de este discurso de inauguración de curso he meditado sobre otros dos discursos pronunciados por dos grandes hombres en tiempos muy complicados y lejanos.

El primero de ellos es el discurso fúnebre de Pericles —o al menos atribuido a él—. Lo pronunció en el año 431 a.C. para honrar a los caídos en la Guerra del Peloponeso frente a Esparta. Su contenido es un canto a los valores de la democracia ateniense, inspirado por una confianza optimista en las posibilidades del ser humano y en el progreso de la cultura.

“Somos nosotros mismos”, decía Pericles, “los que deliberamos y decidimos conforme a derecho sobre la cosa pública, pues no creemos que lo que perjudica a la acción sea el debate, sino precisamente el no dejarse instruir por la discusión antes de llevar a cabo lo que hay que hacer”.

Y agregaba: “También por nuestra liberalidad somos muy distintos de la mayoría de los hombres, ya que no es recibiendo beneficios, sino prestándolos que nos granjeamos amigos”.

El segundo de los discursos a los que me refería es la famosa alocución de Abraham Lincoln en Gettysburg (Pensilvania), pronunciada en 1863, en plena Guerra Civil norteamericana. Allí habló de “una nueva nación concebida en la libertad y consagrada al principio de que todas las personas son creadas iguales”. Aunque la frase más repetida de aquel discurso es que “el Gobierno del pueblo por el pueblo no desaparecerá de la tierra”.

Este Rector vuelve a preguntar: ¿Desaparecerá el gobierno de las universidades por universitarios y para la sociedad? Por el bien de todos espero que la respuesta sea negativa.

Quisiera transmitir a toda la comunidad universitaria con este discurso de inauguración un mensaje de optimismo y de confianza en nuestras posibilidades para vencer o sortear todos los obstáculos. También un mensaje de liderazgo social y de auto exigencia, dirigido tanto a empleados como a estudiantes.

Deseo, asimismo, expresar mi compromiso de seguir adelante con nuestro Programa de Gobierno. Aunque, resulta evidente, que tanto las reformas legales como las restricciones económicas pueden dificultar que se desarrolle en su plenitud.

Nuestras prioridades seguirán siendo la docencia y la investigación, los dos grandes pilares que sostienen la bóveda universitaria. En otras parcelas, como el de las infraestructuras, nuestro ritmo se adecuará a las disponibilidades económicas de cada momento.

En este sentido reclamaremos a las administraciones, especialmente a la Junta de Andalucía, que su apuesta por el Sistema Público de Universidades deje de ser una desiderata, una formulación de intenciones, para convertirse en una auténtica realidad. Apostar por la Universidad es tener un plan y ejecutarlo, no desear que ocurran cosas en abstracto. Apostar por la Universidad no es depositar una ficha en la ruleta, con la esperanza de que salga rojo o negro, sino considerarla una de las prioridades.

En el plano docente nuestro reto inmediato es completar el proceso de implantación del Espacio Europeo de Educación Superior. A final de curso tendremos nuestra primera promoción de graduados y graduadas.

Nos preocupa la empleabilidad de nuestros estudios. Por ello hemos fortalecido el área de prácticas en empresas, con la creación de una nueva dirección de secretariado, y muy pronto pondremos en marcha la Oficina del Emprendedor. Queremos que en nuestras aulas y centros también se aprenda a emprender.

Incrementaremos nuestra apuesta por la investigación, aumentando la dotación del V Plan Propio de Investigación hasta los 3 millones de euros anuales, con el objetivo de ayudar a nuestros Grupos a estar en mejores condiciones para atravesar un previsible “desierto” de financiación por parte de las otras administraciones.

El impulso a la investigación está íntimamente ligado a nuestros esfuerzos de internacionalización y de presencia en los principales rankings internacionales. Este año nos hemos quedado a las puertas de regresar al Top 500 de Shangai y aunque no hemos logrado el objetivo, si sabemos los pasos que tenemos que dar para conseguirlo en el futuro. Uno de los caminos es incrementar nuestra productividad científica en el área de las Ciencias Sociales y de las Humanidades.

Seguiremos buscando ser líderes y referentes en materia cultural. Me gustaría también que no nos viéramos forzados a retroceder en nuestras políticas sociales y de igualdad, que han convertido a la Universidad de Sevilla en modelo europeo de buenas prácticas. No podemos olvidarnos en estos momentos de los más

necesitados, de aquellas personas con talento que por su discapacidad física o incapacidad económica podrían orillarse de la formación universitaria.

Igualmente, quiero mantener el máximo grado de diálogo y consenso con todos los sectores y colectivos de la Universidad. De forma especial me gustaría que existiera el mayor acuerdo en los aspectos normativos que tenemos que desarrollar, máxime cuando este curso agota su mandato el actual Claustro Universitario.

Hago un especial llamamiento a todos los sectores de la comunidad universitaria, a profesores, personal de administración y servicios, y estudiantes, para mantener la cohesión y comprender los esfuerzos que realizan [que realizamos] todos los integrantes de la Universidad de Sevilla. Si a los profesores se les exige una dedicación docente titánica, a los miembros del PAS se les está pidiendo que incrementen su entrega a la Universidad con similar intensidad.

Pido también a los estudiantes que entiendan que la sociedad pone en sus manos, en tiempos de penurias generalizadas, unos recursos muy valiosos que no deben desaprovechar y mucho menos dilapidar. Hago, por lo tanto, un llamamiento a su responsabilidad, a su conciencia cívica para rentabilizar al máximo la oportunidad de formación de calidad que se les ofrece.

Hago un llamamiento de auto exigencia y de responsabilidad social de todos los colectivos que conforman la comunidad universitaria, empezando por este Rector que les habla y por su equipo de gobierno.

Sé que todos lo estamos pasando regular. Pero que no cunda el desánimo, sino el convencimiento de dedicarnos a la noble tarea de la educación superior, de ofrecer un servicio público a decenas de miles de estudiantes que han depositado su confianza y su fe de futuro en la Universidad de Sevilla.

Y ya que hablamos de gobierno me gustaría recordarle al Gobierno de la Nación que durante los últimos años se nos ha marcado un horizonte de mejora con la adaptación de nuestros estudios al Espacio Europeo de Educación Superior. Este es el único camino de crecimiento universitario: más internacionalización y más calidad docente e investigadora. No debemos ni podemos abandonar la ruta de la excelencia, de la mejora continua. Por ese motivo, y a pesar de las adversas circunstancias económicas, vamos a redoblar esfuerzos para fortalecer a Andalucía Tech, el Campus de Excelencia Internacional compartido con la Universidad de Málaga.

Al Gobierno de la Comunidad le reconozco, justo es decirlo, el esfuerzo que ha realizado para suavizar el impacto de la subida de las tasas de matrícula. Pero su compromiso con la Educación Superior se desvirtúa si permite nuestra asfixia financiera, mientras prioriza otras actividades de menor impacto social.

Finalmente, hago un llamamiento al Gobierno de la Ciudad para recuperar la senda de la colaboración institucional. La Universidad precisa del Ayuntamiento, pero Sevilla no puede erigirse en la 'Ciudad del Talento' si no aprecia en todo su valor a la Universidad, como principal fuente de talento.

La Universidad de Sevilla está formada por más de 80.000 personas. Podría decirse que es el primer barrio de la ciudad. También es su principal activo y una fuente de riqueza, medible en términos de PIB. Tenemos proyectos en común y queremos seguir caminando de la mano del Gobierno Municipal por el bien de Sevilla.

Os propongo, queridos miembros de la comunidad universitaria, que todos juntos sigamos trabajando, sin renunciar a nuestros principios ni a nuestra visión de la Universidad Pública, desde la libertad, el compromiso por la calidad y con la ilusión del que comienza de nuevo.

Saben que inaugurar [hoy inauguramos el nuevo curso] es una palabra proveniente del Latín, que se refiere a la labor de los augures que adivinaban el futuro mediante la observación del vuelo de las aves. No hace falta ser un adivino para entender que a lo largo de estos cinco siglos hemos sorteado circunstancias mucho peores. Y, nuestra Fama, con sus alas de bronce, siempre nos ha anunciado un futuro propicio. Su trompeta, siempre ha anunciado nuestro valor y esfuerzo.

Quiero cerrar mi discurso asegurándoles que seguiré defendiendo de manera convencida la independencia de la universidad pública. Como he dicho, debemos hacerlo por el bien de la sociedad, que estoy seguro que cada vez aprecia más que aquí haya voces con credibilidad, capaces de poner sobre la mesa no solo nuevos conocimientos, sino ideas que sirvan de encofrado al futuro del país. Quizás quieran arrancar esa independencia de nuestras manos. Puede incluso que lo logren, pero nuestras manos irán con ella. Si esto sucede, continuaremos trabajando con la cabeza... Y con el CORAZÓN.

Cierro el acto, como es tradición, y en nombre de su Majestad el Rey, declarando oficialmente inaugurado el curso académico 2012-2013 en la Universidad de Sevilla.